Plácido G. Duarte

Palabras leídas en uno de los actos con que se celebró su jubilación como médico de la Beneficencia General del Estado.

Quién puede hablar con mayor verdad de un hombre, el que es amigo suyo o el que no lo es? Si la amistad es verdadera —si no es mero compadrazgo o interesada sociedad de bombos mutuos—, la respuesta debe ser inmediata: el amigo. En primer lugar, porque en la relación interhumana nunca existe la indiferencia. Lo que solemos llamar así es unas veces amistad o simpatía mínimas, y otras, tantísimas otras, mínima antipatía o mínima hostilidad. En segundo término, porque la amistad, cuando es verdadera, nos hace intelectualmente sensibles a zonas de la realidad para las que son ciegos el indiferente y el olímpico. En todos los sentidos de la palabra, el amigo es para el amigo un hombre «atento», una persona cognoscitiva y operativamente vertida hacia él. Recordemos una vez más a San Agustín: «Sólo a través del amor se llega al conocimiento». Si el hombre no amase intelectualmente la realidad del cosmos, no habría física, y el buen diagnóstico sería imposible si el médico fuese afectivamente hostil o indiferente a la personal y concreta realidad del enfermo a que atiende. El amor no quita conocimiento; lo da.

Apoyado en estas fundamentales verdades, desde mi amistad con Plácido G. Duarte voy a hablar de su figura y su persona. Desde hace años soy amigo suyo; y lo soy en virtud de ese mezcla de azar, destino y carácter

que según el filósofo Dilthey constituye y orienta la trama de toda biografía. En cuanto yo sé algo de mí mismo, a mi carácter pertenece una entrañable afición a ser amigo de los mejores. Varias veces he dicho que frente a la sentencia «Mis amigos son los mejores», tan vigente entre nosotros como tácita o expresa norma de conducta, yo propondría esta otra: «Los mejores son mis amigos». Me mueven conjugadamente a ello mi temperamento, mi educación y mi oficio académico. Ser historiador de una determinada actividad humana, la medicina, la filosofía, la pintura, o la pesca con caña, ¿qué es, sino vivir en amistad con los hombres más eminentes en la creación y el ejercicio de esa actividad? Los que quisiéramos hacer mucho y hacemos poco, ¿cómo podríamos encontrar mejor apoyo y consuelo? Para los que sin resentimiento tenemos que vivir en las polvorientas llanuras del mundo, ser amigo de los mejores es uno de los más eficaces alivios que el mundo puede conceder. Pues bien; operando sobre ese arraigado hábito de mi carácter, el azar y el destino —la buena suerte, para decirlo más a la llana— han hecho que yo fuese amigo del hombre en cuyo honor nos hemos reunido.

No voy a presentároslo. Entre nosotros está la rica y abierta realidad de su persona, y nada hay como el trato directo con una realidad para tener la verdad de lo que ella es. Tampoco voy a relatar, como si profesoralmente recitase una lección de cátedra, el *curriculum* de su vida y su obra. Una y otra son todavía caminos firme y vigorosamente abiertos hacia el futuro; y cuando

un hombre sigue siendo capaz de «hacer camino al andar», como nos enseñó a decir don Antonio Machado, hay que esperar a que la vía esté definitivamente hecha para señalar con suficiente precisión y cierta integridad los hitos que la componen. Otra cosa haré: exponer y glosar, a través de algunos rasgos característicos, las principales facetas en que se ha expresado, al constituirse, la personalidad de Plácido G. Duarte, un médico al que la ley, no la biología, acaba de declarar jubilado en su más que cuadragenario servicio a la Beneficencia General del Estado. Tales facetas son siete: el estudiante, el discípulo, el médico de hospital, el cirujano, el clínico, el patólogo y el maestro; y en el centro de todas ellas, dándoles nacimiento y consistencia, el hombre singular, la persona de que yo y tantos más tenemos la fortuna de ser amigos.

El estudiante

Madrid, 1912; el Madrid del Galdós declinante y el Arniches ascendente; el Madrid en que una generación española, la del 98, empieza a compartir el cetro intelectual y literario con otra nueva, la de Ortega y Marañón. En el Instituto de San Isidro, un mocito de familia modesta, hijo de Plácido González y Petra Duarte, está cursando la asignatura que entonces se llamaba «Fisiología e Higiene». ¿Sólo para aprenderla? No: también para enseñarla. Por su propia iniciativa, el verano anterior se ha leído en la biblioteca del mismo Instituto los tres gruesos volúmenes de la *Fisiología*

humana, de Luciani. Un día en que le pregunta en clase, lo descubre el profesor, y desde aquel momento le asocia a su tarea de explicar la asignatura. Se ha abierto así el camino de Plácido G. Duarte hacia la Medicina y —por vez primera— se ha puesto de manifiesto su personal modo de ser estudiante.

Madrid, 1916; el Madrid alegre y confiado que empieza a decir, frente a la guerra que entonces todos llamaban «europea», «No me hable usted de la guerra». En la calle de Atocha, frente al viejo Colegio de San Carlos, un muchacho es paseado en hombros por un grupo de jóvenes. ¿Un torero que inicia su camino hacia la gloria? No; un estudiante que por votación entre sus compañeros acaba de obtener el premio instituido por Martínez Molina para estimular el estudio de la Anatomía. Venciendo voluntariosamente su inicial repugnancia por la disección, el joven Duarte ha adquirido en ella maestría; y también, por supuesto, en el saber teórico a que ella conduce. Los premios Fourquet y Ribera completarán luego ese tempranísimo *cursus honorum* de nuestro estudiante.

Detengámonos aquí, y a la luz de lo dicho consideremos en el estudiante de Medicina Plácido G. Duarte su personal modo de serlo. No sólo para su elogio; también para romper otra lanza, una más, contra la nefasta leyenda y el prestigio nefasto que entre nosotros tiene el estudiante pigre.

Los puestos rectores de la sociedad suelen obtenerlos —ésta es la prosaica verdad objetiva, frente a la alegre estimativa de la España zaragatera— quienes en la

Universidad fueron buenos estudiantes, y un estudiante es en mi opinión bueno cuando en él se reúnen tres rasgos principales: inteligencia suficiente para aprender lo que le enseñan, personalidad para estudiar por sí mismo algo de lo que no le enseñan y voluntad para subsanar, a impulsos de la vocación, las limitaciones de la propia naturaleza. ¿No son éstos los rasgos que a su paso por las aulas de la Facultad de Medicina hizo patentes en su todavía incipiente persona el estudiante Plácido G. Duarte?

Todavía cabe añadir un cuarto rasgo a los tres anteriores: el buen estudiante demuestra serlo cuando quiere y sabe seguir siéndolo a lo largo de toda su vida, aunque ésta le haya conducido a ser maestro. Tal es el caso de quien, en la cima de su condición de cirujano, se complace asistiendo a los cursos de Zubiri y de Ochoa, y en la alta noche, cuando la ciudad duerme su fatiga, lee con mente ávida cuanto necesita para ser activo ciudadano intelectual de España y del mundo. El alumno que en 1916 ganó el premio Martínez Molina sigue viviendo en el alma de este hombre.

El discípulo

Conviene distinguir entre el alumno y el discípulo. Aquél se limita a oír con mayor o menor provecho al profesor que le ha tocado en suerte o en desgracia; este otro sabe buscar, y por lo tanto busca, al maestro que verdaderamente ha de formarle. Una peculiar afinidad electiva, diría Goethe, una afinidad entre dos

personas, en la que intervienen, como en todo lo que en nosotros es hondo, la vocación y el carácter, preside y orienta esa faena de búsqueda y decisión por la cual el alumno se convierte en discípulo, y el que sólo era profesor pasa a ser verdadero maestro.

El maestro universitario de Plácido G. Duarte fue don León Cardenal. Vista la elección desde lo que con los años había de ser el discípulo, en modo alguno puede parecer arbitraria. Tres novedades principales había traído Cardenal a la docencia universitaria: una cirugía instalada sobre las posibilidades a que conduce el método aséptico; una acabada y minuciosa formación médica, adquirida en Suiza, bajo el magisterio de Sahli y de Kocher; una apurada elegancia en el acto quirúrgico. ¿No son éstos los caminos por los que luego trató de avanzar personalmente nuestro gran cirujano?

Sin perjuicio de volver luego sobre el tema, déjeseme glosar rápidamente el tercero de los rasgos que acabo de mencionar, la elegancia. ¿En qué consiste la elegancia? Esencial y genéricamente, en la pronta, fácil y segura ejecución de algo, sabiendo reducir al mínimo lo ocioso. En este sentido fue quirúrgicamente elegante Cardenal, en él lo ha sido Plácido G. Duarte. ¿Cómo? Ante todo, procurando con el más desvelado empeño la seguridad del paciente; sabiendo asimilar a su conducta la gran lección de Kocher y Halsted y ejercitando de manera habitual, como decía Cushing, la cirugía «que se practica en las clínicas a donde ustedes y yo quisiéramos ser llevados, si necesitásemos una intervención quirúrgica». Y supuesta la seguridad del paciente,

evitando todo lo ocioso en el acto operatorio. «Nunca me ha gustado el derramamiento de sangre. Tampoco me gusta ahora», dijo una vez, aunando con la intención dos principios, uno de ética política y otro de estética quirúrgica, Plácido G. Duarte. «A mal Cristo, mucha sangre», afirma con cruenta ironía nuestra más popular crítica de arte. Invirtiendo cautamente los términos, el buen cirujano dice: «A buen Cristo, poca sangre», y con arreglo a esta severa regla de elegancia se conduce en el quirófano.

Pasada la formación universitaria, cuando para él llegaron los «años de la peregrinación» —esos *Wanderjarhe* que tan esencialmente pertenecen a la carrera del intelectual—, Plácido G. Duarte quiso ser y fue discípulo de varios de los grandes maestros de la cirugía europea: Schmieden, Sauerbruch y Förster, en Alemania; Lecène y Duval, en Francia; Tudor-Edwards y Roberts, en Inglaterra. La gran tradición continental y la gran tradición británica confluían así, personalmente recreadas, en la primera técnica operatoria de nuestro cirujano.

El verdadero discípulo para lo que le enseñaron, claro está, con su conducta moral; sin fidelidad al maestro, la figura del que aprende es antes la del salteador que la del discípulo. Mas también, la paga, si así puede hablarse en este caso, con su conducta técnica; y no tanto repitiendo por sí mismo eso que aprendió —repetir acaba casi siempre siendo traicionar—, como perfeccionándolo con originalidad, superándolo. Cuantas veces he oído hablar de Cardenal a Plácido G. Duarte he pensado que en él pudo ver don León su discípulo mejor.

El médico de hospital

En 1924, cuando en su mocedad apunta la primera sazón de la madurez, Plácido G. Duarte es nombrado —por oposición, para cumplir fielmente el rito ibérico— jefe del servicio de cirugía general del Hospital de la Princesa; en la más estricta acepción del término, llega a ser médico de hospital.

Desde que en la Baja Edad Media comparece en la escena social de la asistencia al enfermo, la figura del médico de hospital es una de las más caracterizadas y nobles entre las que diversifican el ejercicio de la medicina. Tres notas principales, a mi modo de ver, la constituyen y distinguen. Ante todo, la eficacia técnica, día a día contrastada en la visita hospitalaria y en la atención administrativa a la buena marcha del servicio. A continuación, la ética civil, sin la cual la sala y el consultorio no cumplirían decorosamente su inexcusable condición de servicio público. Y *last but not least*, la ética médica, cuya prueba suprema es —bajo la aparente facilidad de la cosa en la práctica de los médicos ejemplares— la no distinción entre el enfermo de hospital y el paciente de la práctica privada, el hábito de tratar a aquél, para decirlo con las donosas palabras de Marañón, como si fuese un caballero de la Tabla Redonda.

España ha tenido espléndidos médicos de hospital. Entre los madrileños quiero recordar a dos recientes, Juan Madinaveitia y Gregorio Marañón. Y con ellos, en

sus salas del Hospital de la Princesa, Plácido G. Duarte. Dejad que lo haga patente con sólo dos botones de muestra, procedente uno de la rutina diaria y ofrecido el otro por una situación-límite de la vida española.

El médico de hospital es por lo general —debe serlo— un sanador técnicamente distinguido; un hombre, por tanto, a quien puede hastiar la ejecución de lo rutinario y trivial, la ocupación con lo «poco importante». Lo suyo parece ser lo excepcional y difícil, aquello en que mejor puede mostrar u ostentar él su condición de divo. Pero el médico de hospital, a cuyo cuidado están, junto a los casos excepcionales y difíciles, las más vulgares dolencias de los pacientes más humildes, no puede, no debe ser, frente a ellas, olímpico divo; para él no puede y no debe haber casos y enfermos «poco importantes». He aquí a Plácido G. Duarte en el quirófano del Hospital de la Princesa, operando con despierta atención y depurada técnica, pero sin el menor divismo, la vulgarísima hernia de uno de esos hombres a quienes cruel y erróneamente solemos llamar «innominados». He aquí a un ejemplar médico de hospital.

Un día cae sobre la vida española una espantosa situación-límite, la guerra civil; y con ella, para nuestro cirujano, la ocasión de mostrar cuántos son sus quilates en su oficio de médico de hospital. Contra el reloj, porque la sangre apremia, debe instalar un nuevo y eficaz servicio quirúrgico al abrigo de los disparos. Nueva casa, nueva situación, nuevos deberes. El médico hace frente a éstos siéndolo del modo más puro: aten-

diendo sin acepción de personas —cuando la diferencia entre unas y otras se ha hecho en la calle diferencia a muerte— a los enfermos y heridos que llenan y colman sus salas; mas no por frialdad ante la tragedia en torno, sino porque dentro del hospital el paciente, para el verdadero médico, es tan sólo un hombre que sufre. «Me gusta ayudar a quien busca mi ayuda», ha dicho más de una vez éste de que hablo. Aunque lealmente comprometido, según sus íntimas convicciones personales, en el gran drama de España, el médico de hospital ha sabido hacer honor a su título.

No sólo con su asistencia, también con su voluntad de perfección en cuanto tal médico. Varias técnicas nuevas en el tratamiento de las heridas van a salir de sus servicios en aquel terrible trance. A fuerza de competencia y técnica y de exquisita humanidad, Plácido G. Duarte atravesará con descollante autoridad moral la más atroz vicisitud que desde su nacimiento a la historia ha sufrido la vida española.

El cirujano

¿Necesitaré proclamar lo que para todos es evidente? Plácido G. Duarte, cirujano, gran cirujano; nada más notorio. *Ecco un grande chirurgo,* dijo Pietro Valdoni, par de él, viéndole operar un tumor de intestino.

Pero de lo que ahora se trata no es de repetir con elogio lo consabido, sino de diseñar con precisión algunos de los rasgos con que esa genérica condición de gran cirujano ha sido en este caso realizada. Juz-

gando por lo visto y lo oído, me atrevo a pensar que la excelencia quirúrgica de Plácido G. Duarte se halla fundamentalmente constituida por las siguientes notas:

1.ª La suma perfección en el empeño de aprovechar al máximo —improvisando, tantas veces, en el curso del acto quirúrgico— todas las enormes posibilidades actuales de la cirugía exerética y reparadora. Todas, porque él siempre ha querido ser, frente a la especialización inmediata, cirujano general; pocos han hecho profesión de fe en la cirugía general con tanta convicción y tanta autoridad. Pero, sobre todo, las pertinentes a los dos campos en que ha culminado su maestría técnica, la gran cirugía del cáncer y la cirugía torácica.

2.ª La lúcida posesión de una conciencia quirúrgica especialmente profunda y depurada. Llamo ahora «conciencia quirúrgica» a la expresión psicológica del hábito mental y operativo que nuestro cirujano, en un discurso ante la Academia de Cirugía de Madrid, denominó «espíritu quirúrgico». En su complementaria oposición al «espíritu médico» del internista, ¿qué es el «espíritu quirúrgico»? «La diferencia entre lo quirúrgico y lo médico —decía él— es una realidad que hay que reconocer, significativa de dos estilos distintos, temperamentalmente condicionados, de considerar los problemas terapéuticos. La irreductibilidad, por biológica, de esta disparidad de estilos, tiene de aprovechable el beneficio que puede obtenerse de su contraste. La emulación no tiene más que consecuencias útiles cuando los émulos están guiados por intenciones análogas de

superación y acierto. Médicos y cirujanos deben inspirar su razón en las doctrinas y preceptos de una sola y común ciencia: la Medicina».

Desde que hay cirujanos o aspirantes a tales —desde que en la práctica de la medicina se separan y compiten entre sí internistas y operadores—, tres principales caracteres han constituido, a mi juicio, el «espíritu quirúrgico»: la constante disposición a mancharse las manos en la exploración y en el tratamiento del enfermo; la tendencia a no admitir como cierto sino lo que puede verse y tocarse; una especial intensidad de la actitud ante la enfermedad que más de una vez he llamado yo «ánimo terapéutico», esa fecunda no-resignación de los Paracelso, los Paré y los Withering ante la ocasional limitación de las posibilidades de ayudar técnicamente al enfermo. Pero sin la callada posesión de «espíritu médico», ¿podrá lograr excelencia el cirujano? Plácido G. Duarte ha sabido darnos una estupenda respuesta a esta interrogación: «Un cirujano es un médico que sabe operar».

De nada serviría la más fina conciencia quirúrgica, si ésta no se expresase ante la mesa de operaciones; y puesta en tan terminante prueba, consiste en la elección de la conducta operatoria con plena lucidez sobre el caso y sobre lo que uno, como cirujano, es y puede entonces ser. «Dentro de lo que debe hacerse, de lo que yo soy y de lo que aquí y ahora yo puedo ser, ¿cuál debe ser mi comportamiento? ¿Qué debo hacer?» En el orden de los hechos, tal es la interrogación suprema de la conciencia quirúrgica. Magistralmente

nos lo ha hecho ver Plácido G. Duarte, exponiendo cuál debe ser la composición de lugar del cirujano actual ante el arduo problema técnico del cáncer de esófago.

3.ª La concepción y la práctica de la intervención quirúrgica como la ejecución de una sonata, en parte reglada por lo que sobre ella dicen los libros y las revistas y en parte improvisada en el transcurso del acto operatorio. Como el pianista no deja para otro el último acorde de la pieza que ejecuta, el buen cirujano lo es con su gusto por la práctica atenta de todos los tiempos de la intervención, desde la incisión primera hasta la sutura final. Sólo una excepción a esta regla puede aconsejarse: la del operador que está siendo maestro y deja que el ayudante realice ante él algunos tiempos de la intervención por él comenzada.

Uno de los escritos del *Corpus Hippocraticum* prescribe, entre los talentos y las habilidades del médico, la «eurritmia de las manos». Linda expresión, y más todavía en nuestros tímpanos, sensibles aún a la estética verbal del modernismo, que en los oídos de los antiguos griegos. Tres requisitos dan su cabal integridad a esa eurritmia: la destreza, la inteligencia, porque también a través de la mano se debe ser inteligente, y la buena voluntad. Si habéis visto operar al cirujano Plácido G. Duarte, decidme si sus intervenciones no son, en este plenario sentido del término, admirablemente eurrítmicas.

El clínico

Entendiendo la palabra «clínico» como habitualmente se la entiende, ¿qué es ser buen clínico? He aquí mi fórmula: saber llegar pronta y seguramente al diagnóstico mediante la menor cantidad posible de recursos exploratorios; ser seguro y elegante en la actividad de diagnosticar.

Si yo hubiese de escoger un *test* exploratorio para discernir al buen clínico, optaría probablemente por la palpación abdominal; y si hubiese de elegir alguien para mostrar a principiantes e inexpertos cómo ésta debe ser practicada, uno de mis primeros candidatos sería Plácido G. Duarte. Como pocos sabe hacer él que la palpación abdominal sea lo que en realidad debe ser: una fuerte caricia cognoscitiva. Caricia, fuerte caricia, para que a través de ella el enfermo confíe en el médico y sienta que es, sólo por estar enfermo, hombre importante; cognoscitiva, porque es mucho lo que ella puede enseñar a quien correctamente sabe practicarla.

Sin cierto virtuosismo en la exploración, no es posible el buen clínico; pero lo que a éste define y corona como tal es, acabo de decirlo, la agudeza y la rapidez en la conclusión diagnóstica. La agudeza y la rapidez con que nuestro cirujano —valga este solo ejemplo— supo ver un cáncer de esófago en cierto enfermo al que muy diestros clínicos habían reiteradamente diagnosticado de «hombro doloroso».

El patólogo

Háccse patólogo el médico cuando, cumpliendo personalmente el mandato de la etimología, es capaz de declarar con verdad el *logos* del *pathos;* dicho en romance, cuando sabe dar acabada razón científica de sus diagnósticos y sus tratamientos.

No todos los buenos clínicos llegan a ser verdaderos patólogos, en esta exigente acepción del vocablo. Hacen, sí, sus diagnósticos, y prescriben con estimable acierto sus tratamientos; pero si se les pone en el trance de explicar científicamente lo que han visto y lo que han hecho, apenas logran pasar, digámoslo coloquialmente, de una patología para andar por casa. Como cirujano, Plácido G. Duarte es un médico que sabe operar y un clínico que sabe ser patólogo. Con aquello que para el caso es verdaderamente decisivo, el trasfondo científico de sus exposiciones clínicas, así lo demuestran su veneración por John Hunter y Alexis Carrell —dos de los cirujanos que más egregiamente han contribuido a hacer «patológica» la práctica de la cirugía—, su plan para la formación científica del cirujano y, si se permite que un historiador de la Medicina recurra por segunda vez a su oficio, la agudeza de su sensibilidad personal frente a una frase casi sibilina de Claudio Bernard: «Podemos más de lo que sabemos».

Dos son los principales sentidos de esta frase. Según el primero suelen usarla, aunque no conozcan su fuente, ni acaso su letra, los empíricos que blasonan de lo que

sin teoría previa han sido capaces de conseguir. La posibilidad de obtener empíricamente hallazgos valiosos —el empleo terapéutico de la digital, la vacunación antivariólica— es, en efecto, una de las claves de la operación del ser humano en el mundo y uno de los más reales timbres de gloria del hombre de acción. No es insensible Plácido G. Duarte a este primer sentido de la frase bernardiana; léase, si no, su ponencia sobre la resección pulmonar. Pero junto a tal sentido, sobre él, hay otro, cuya mejor expresión es el desafío que frente a esa sentencia experimenta, si es de veras ambiciosa, la inteligencia del lector. «Podemos más de lo que sabemos. Es verdad. Pero, ¿por qué yo, hombre capaz de pensar e investigar, no he de dar suficiente razón científica de lo que sin ciencia puedo?». Es, si vale decirlo así, la declaración de guerra que nuestra inteligencia hace a los palos de ciego, y más cuando éstos fueron seguidos de algún éxito. Pienso que no otra es la clave intelectual de la prudente y crítica actitud de Plácido G. Duarte ante el debatido problema de los trasplantes viscerales.

El maestro

«Ésta es acaso mi más entrañable vocación: enseñar, transmitir todo lo que yo humanamente pueda». Estas pocas palabras, dichas hace algunos años a un periodista interrogante, nos ponen ante un gozoso hecho real y denuncian una espléndida posibilidad no cumplida.

Gozoso hecho real ha sido, en efecto, la constante

presencia de cirujanos jóvenes y menos jóvenes, españoles unos y americanos otros, en el quirófano de Plácido G. Duarte. Querían aprender de él lo que no puede aprenderse en libros y revistas: cómo las nuevas técnicas de la cirugía se hacen realidad visible y comunicable a través de quien sabe ejecutarlas impecablemente, y acaso mejorarlas.

Pero el recuerdo de ese hecho tiene que ir empapado hoy de cierta amarga melancolía, porque el maestro que Plácido G. Duarte ha sido nos hace pensar en el maestro que él no ha podido ser. La indecisión del tribunal en unas oposiciones a cátedra, allá por 1932, y la vida universitaria ulterior a 1939, después de esta fecha, han impedido que nuestro cirujano fuese lo que por talento, vocación y formación estaba llamado a ser: un gran maestro de Patología Quirúrgica en la Facultad de Medicina. Más tarde, el incumplimiento de la Ley de Especialidades Médicas —dejadme que llore sobre ella; fui uno de sus promotores— nos ha privado a todos de una prometedora posibilidad, la incorporación de los grandes servicios hospitalarios a la actividad docente de las Facultades de Medicina, y ha quitado a los amigos de la Universidad y de Plácido G. Duarte, antes de que ella pudiera nacer, la gran satisfacción de verle al frente de la Escuela de Cirugía que con tanta autoridad y tanta precisión supo planear. Toda jubilación es un poco melancólica. Por afortunada añadidura, algunas, además de ser melancólicas, alcanzan a ser realmente jubilosas; entre ellas, ésta. Pero la consideración de una espléndida posibilidad no cumplida pone

irremediablemente una pequeña gota de amargura en el seno mismo de la melancolía y el júbilo.

La persona

Un estudiante, un discípulo, un médico de hospital, un cirujano, un clínico, un patólogo, un maestro; y en el centro de todo esto, dando realidad viva, creadora y unitaria a tan rica y armoniosa diversidad, una persona.

Un hombre es persona, muy en primer término, allí donde no pueden llegar las miradas de los demás hombres y apenas llega la suya: en el hondón de su intimidad, ese secreto recinto donde, como decía San Agustín, «él es lo que es». Pero también desde fuera de él puede en alguna medida percibirse cómo un hombre es persona; y esto se logra, más aún que examinando su vida negociosa —lo que él hace para realizar su oficio en el mundo—, contemplando el modo cómo realiza su vida cuando ésta no es oficio, sino vacación, y el ocio le permite disponer más amplia y sueltamente, en relación consigo mismo, de su propia, íntima libertad personal. En el caso de Plácido G. Duarte, observando cómo su ocio —quede aparte la fuerte, pero bien acotada afición a la caza— es constante apertura a la música, a la poesía, a la pintura, a la ciencia, a la filosofía, a la amistad. En definitiva, a todo aquello por lo cual el hombre mejora su propia calidad, y en la plenitud de la expresión logra hacerse «más hombre».

¿No es en las situaciones-límite donde se hace más visible y convincente la realización de lo que uno, como

persona, verdaderamente es? Volvamos, pues, a la situación-límite de la vida española que antes mencioné: nuestra guerra civil. Estamos en el hospital quirúrgico que por necesidad ha improvisado en Madrid Plácido G. Duarte. La jornada ha sido agotadora: heridos y más heridos, pacientes civiles, lamentos, sangre en las salas y en el quirófano. Envolviéndolo todo, el espectáculo diario de la realidad que más hondamente puede perturbar el alma de un hombre cabal: un inmenso y multitudinario dolor no merecido. Con el grupito de los más próximos colaboradores, el jefe del servicio descansa en su despacho. ¿Para qué? ¿Para evadirse de ese enorme dolor en torno? No. Ante todo, para convivirlo más allá de la sangre derramada en que se manifiesta; y luego para demostrar que un hombre con vocación de hombre debe ser siempre capaz de buscar y de encontrar todo aquello que más de veras le ensalza, el arte, el saber, la amistad. Varios son los que todavía pueden dar testimonio del modo como Plácido G. Duarte, al término de su jornada de cirujano de guerra, mostraba con obras y palabras su profunda vocación de persona de paz.

Arte, saber, amistad. A tan fino amigo de la música y la poesía, a tan empeñado cultivador de la amistad, repitámosle los exultantes versos de Schiller que se cantan en la Novena Sinfonía:

Wem der grosse Wurf gelungen
eines Freundes Freund zu sein,
wer ein holdes Weib errungen,
mishet seinen Jubel ein.

«Aquel a quien ha tocado la gran suerte de ser amigo de un amigo, ...únase a nuestro júbilo». En este caso, el júbilo de todos los que, como amigos suyos, de un modo o de otro hemos participado en la sólo administrativa jubilación del cirujano Plácido C. Duarte.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

Real Academia Española.